

Las colecciones de Documentos de Trabajo del CIDE representan un medio para difundir los avances de la labor de investigación, y para permitir que los autores reciban comentarios antes de su publicación definitiva. Se agradecerá que los comentarios se hagan llegar directamente al (los) autor(es). ❖ D.R. © 2000, Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C., carretera México-Toluca 3655 (km. 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210 México, D. F., tel. 727-9800, fax: 292-1304 y 570-4277. ❖ Producción a cargo del (los) autor(es), por lo que tanto el contenido como el estilo y la redacción son responsabilidad exclusiva suya.



NÚMERO 02

Ugo Pipitone

¿HACIA EL FIN DEL CICLO AMERICANO?

Resumen

Este trabajo constituye un esfuerzo por entender si la hegemonía estadounidense ha llegado a su fin o si estamos por atestiguar el comienzo de otro *siglo americano*. Hacia finales de los años sesenta del siglo XX, la economía estadounidense comenzó a ser cada vez menos significativa respecto a las economías más importantes del mundo. A pesar de ello, Estados Unidos ha experimentado una especie de resurgimiento en la década de los noventa. No obstante, un problema persiste: bajos niveles de productividad a largo plazo, consecuencia de que la economía americana ha evolucionado hacia el sector servicios, cuyas tasas de productividad son casi nulas. Si entendemos por decadencia el fin del papel de número uno en todos los sentidos, Estados Unidos está en un proceso tal, pero si definimos decadencia como falta de vitalidad económica y capacidad de ajuste, Estados Unidos no navega todavía en esos mares. Existen tres asuntos pendientes que esperan respuesta en ese país: 1) el ya señalado problema de la productividad; 2) la pobreza (EEUU tiene la peor distribución del ingreso respecto a otros países desarrollados), y 3) Estados Unidos debe asumir que es necesario un reordenamiento del sistema internacional y debe contribuir a la construcción de ese nuevo diseño.

Abstract

The purpose of this document is to try to understand whether the United States' hegemony is coming to an end, or if we are about to witness the beginning of another *American century*. Towards the end of the 1960s, the U.S. economy started to be less significant with respect to the most important economies of the world. Nevertheless, the U.S. has experienced a kind of economic resurgence during the 1990s. However, a great problem persists: long-run low productivity levels, which are a consequence of the evolution the U.S. economy towards the services sector, whose productivity rates are almost null. If decadence is understood as not being number one in all senses all over the world, then the U.S. is now engaged in a declining process; however, if by decline we mean a lack of economic vitality and adjustment capability, then the United States is definitely not engaged in such a process. Three important issues remain to be solved in that country: 1) the afore-stated productivity problem; 2) poverty (among the most developed nations, the U.S. is the one with the worst income distribution), and 3) the U.S. must acknowledged that a reordering of the world order is now required and they must contribute to the design of this new international system.

Introducción

Al igual que Cartago para los fenicios, Estados Unidos es continuador e innovador de una tradición recibida como un patrimonio histórico al mismo tiempo propio y ajeno. El país con el cual Occidente sale de su propia piel geográfica originaria, será con el tiempo su máximo símbolo, además de convertirse en la mayor potencia económica y militar de la historia universal. Como si la planta trasplantada mostrara en otros suelos una fuerza insospechada. Y sin embargo, en el siglo XIX el Occidente histórico estaba lejos del entorpecimiento, por el contrario experimentaba una intensa transformación industrial productora de nuevas formas de vida social, de producción y de conflicto. Justo en el ciclo histórico en que, gracias a sus industrias siderúrgicas, sus ferrocarriles, sus barcos de vapor, su sistema áureo y sus cañoneras, Europa parecía encaminarse a una renovada hegemonía mundial, al otro lado del Atlántico tomaba forma un Polifemo frente al cual las astucias y los recursos de Ulises estaban destinados a convertirse en trucos de feria. Y cuando, en la primera mitad del siglo XX, el súbitamente viejo mundo entraba a una prolongada y devastadora guerra civil en dos tiempos que, una vez concluida, dejaría en el campo alrededor de 60 millones de muertos, el nuevo Occidente (que, con América, se había asignado el nombre de un entero continente -expresión de un destino manifiesto culturalmente cumplido) comienza a convertirse en la principal potencia económica y militar del mundo. Operación que, es oportuno señalar, cumple en un estado *ánimico* oscilante entre el descubrimiento asombrado de las posibilidades mundiales que su poderío económico y militar le abre y la resistencia a dejar su tradicional aislamiento al interior de un país de dimensiones virtualmente continentales.

Tratándose de Estados Unidos —una nación que por razones que no requieren interpretaciones psicológicas sofisticadas, tiene un gusto especial, casi una obsesión, para marcas y récords cuantitativos— tendremos que comenzar con números. Mientras el poderío económico inglés comienza a mermar, el estadounidense experimenta una aceleración asombrosa entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX. Todavía en 1850 el PNB estadounidense era 30 por ciento inferior al inglés, pero medio siglo después los papeles se habían invertido, y “América” registraba un PIB 80 por ciento superior. Y si miramos al medio siglo siguiente, en 1950, la brecha se amplió a más de cuatro veces para alcanzar las seis veces en el año 2000. Y recordemos que cuando nos referimos a Inglaterra, nos referimos a un país que, no obstante pasó gran parte del siglo XX en un ambiente dominado por la palabra *decadencia*, siguió siendo uno de los mayores protagonistas económicos del mundo y sigue estando en la actualidad entre las primeras cinco o seis economías del mundo.

Sigamos con los números. En el siglo posterior a 1820 el crecimiento promedio anual del PIB estadounidense giró alrededor de 4 por ciento, una tasa muy

elevada si se considera que se mantuvo a lo largo de un periodo tan prolongado. En los años entreguerras (para la precisión, entre 1913 y 1950) la tasa promedio giró alrededor de un 3 por ciento que, a la luz del drástico retroceso del comercio internacional y de la depresión de los años treinta, sigue siendo una tasa considerable. En las dos décadas posteriores a 1950, otra vez el crecimiento de Estados Unidos giró alrededor de 4 por ciento anual para contraerse a 3 por ciento en las tres últimas décadas del siglo. Pocos países en el mundo, si es que alguno, pueden mostrar un desempeño económico tan notable para un ciclo histórico tan prolongado.¹

Pero los *números* no son más que la punta de un iceberg histórico que engloba una multitud de procesos culturales, económicos y políticos cuya congruencia recíproca, en la conformación de una extraordinaria maquinaria de desarrollo, sigue siendo una tarea muy distante de la obviedad. “América” es el gran fenómeno de un gigantesco entremezclarse de culturas y de tradiciones conservadas, repudiadas y transmutadas, objeto de desconcierto, fascinación y censura de ese siglo. Materialización de aspiraciones y temores que van mucho más allá de un territorio y una población delimitados. Desde dos lugares y culturas tan distantes del viejo continente, Gramsci y Kafka perciben del americanismo el mismo rasgo: el gigantismo que debajo de una racionalidad global inescapable aplasta cualquier posibilidad de individualidad real. Exactamente lo contrario de lo que un siglo antes había significado la misma América (¿u otra?) para Hegel y Tocqueville: territorio de un individualismo celoso, incapaz de concebir el Estado como encarnación de intereses colectivos. Como quiera que sea, “América” es desde el siglo XIX, para los círculos intelectuales del resto del mundo, y desde el siglo XX, para todos, una condensación de lo mejor y lo peor de un canon occidental que ahí se convierte en un ecumenismo modernizador con una fuerza, material y cultural, sin antecedentes comparables.

Sin “América” el mundo mismo a comienzo del tercer milenio sería ampliamente incomprensible, sin todo aquello que de ahí vino o que ahí fue reciclado para ser devuelto al mundo transfigurado: los jeans, Hollywood, Ford, la máquina de escribir, Cape Canaveral, sin la ñ, New York, la Coca Cola, la televisión, McCarthy, Kennedy, el Ku Klux Klan, los electrodomésticos, el suburbio clasemediero, la IBM, Malcom X y el general Lee. Muchos cables cruzados, cada uno de los cuales aparentemente obvio en sus orígenes culturales, que produce, sin embargo, resultados asombrosos. “América” como el lugar donde Europa, Africa y Asia se mezclan conservándose y perdiéndose. Donde la historia universal se materializa en una cultura multiétnica proyectada compulsivamente hacia el futuro. Donde el pasado es visto con resquemor hacia una anterioridad que es incómodo recordatorio de que el presente americano no es un acto de partenogénesis histórica,

¹ V. Simon Kuznets, *Economic Growth of Nations*, Harvard University Press, Cambridge, Mass, 1971, p. 40, donde los datos de crecimiento se presentan por década, Angus Maddison, *Monitoring the World Economy, 1820-1992*, OECD, París, 1995, p. 41 y datos del Banco Mundial.

aunque pretenda serlo, al mismo tiempo con razón y sin ella, para consolidar la ideología de sí mismo.

“América” como la vanguardia mundial en la exploración de una modernidad cuyas consecuencias imprevistas obligan a sondear nuevos caminos produciendo en el observador una impresión de precariedad permanente, de incorregible ingenuidad, de ausencia de refugios en alguna tradición más o menos canonizada. Una condena a seguir adelante, sin santuarios posibles para descansar, como un tiburón compelido al eterno movimiento por ausencia de vesícula natatoria.

El arco conjunto de la historia de “América” hasta hoy tiene dos rasgos centrales. En sus inicios como potencia económica, los años posteriores a la Guerra Civil, es el gigantismo. El país no aporta nada esencial a la revolución industrial inglesa salvo dos cosas, sin embargo, importantes: el gigantismo productivo y una estrecha vinculación entre estructura productiva y mercados de consumos populares de notable dinamismo. En el otro extremo, en esa actualidad que es prematuro aquí considerar “conclusiva” del *ciclo americano*, Estados Unidos se encuentra a la cabeza de una revolución tecnológica que en las próximas décadas producirá alteraciones por lo menos tan profundas como las producidas por la revolución industrial en el siglo XIX. En centro está ahora en los servicios, en las telecomunicaciones, la computación y la infinita variedad de sistemas de control de procesos productivos crecientemente automatizados, además de la igualmente infinita variedad de servicios profesionales, personales, financieros, etcétera. Si fue en Inglaterra donde la revolución industrial mostró inicialmente, en formas más intensas y extendidas, las consecuencias de nuevas formas de producir, de consumir y de vivir en sociedad, es en Estados Unidos donde, desde las últimas décadas del siglo XX, la nueva revolución tecnológica muestra su mayor potencial de cambio de las estructuras productivas, de organización social, de alteración de las expectativas de vida de amplios sectores de población y de modificación de estilos y ámbitos de existencia. Recorramos entonces las etapas fundamentales de un trayecto histórico en que “América” fue antes el alumno aventajado de una revolución tecnológica importada y adaptada a las propias condiciones y, después, el laboratorio inicial de cambios que están apenas recorriendo en estos años sus fases históricamente iniciales. Una hipótesis: Inglaterra ganó y perdió su preeminencia mundial gracias a una revolución tecnológica que inicialmente protagonizó en forma casi exclusiva, y después dio a sus competidores las armas para reducir su poderío. Una historia similar podría estar ocurriendo en estos años en referencia a Estados Unidos.

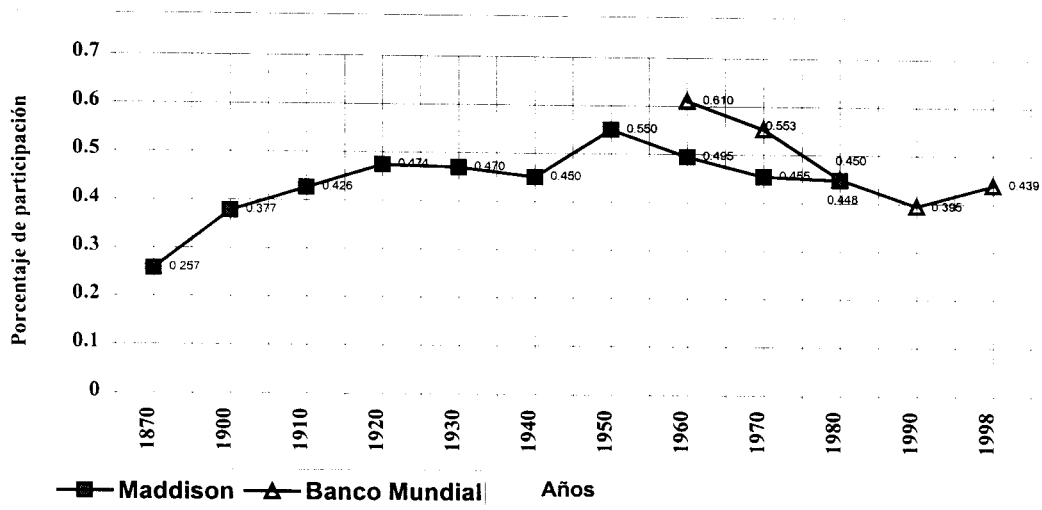
Intentemos rastrear en el presente de Estados Unidos las posibles señales de un decreto hegel-toynbeeniano acerca de la decadencia que inexorablemente sucede a las glorias de cualquier civilización. Manteniendo en mente que, dadas las dimensiones y las interdependencias contemporáneas, la decadencia americana implicaría un amplio reordenamiento de fuerzas económicas, políticas y culturales a escala planetaria.

El descubrimiento de los límites

Entre los economistas de Estados Unidos es tan difícil encontrar una coincidencia de opiniones como en cualquier otra profesión o país. Pero sobre algo parecería haber una convergencia virtualmente absoluta: en el reconocimiento de que los problemas económicos del país comienzan en algún momento entre final de los años sesenta y comienzo de los setenta.²

Usemos 1973 como parteaguas. En los 25 años anteriores, o sea, entre 1948 y 1973 el PIB USA, a precios de 1990, creció en total en 151 por ciento. En los 25 años posteriores, o sea, entre 1973 y 1998, el mismo indicador registró un incremento de 83.5 por ciento. Difícil no reconocer el problema. Si uno, siendo *americano*, quisiera tranquilizarse, podría recurrir a dos argumentos. Primero: en el desarrollo de una economía es más fácil crecer de 1 a 2 que de dos a cuatro. Lo cual es, *casi siempre*, cierto. De cualquier manera, es evidente que, cuando una economía se acerca a un alto grado de madurez estructural y tecnológica, cada incremento ulterior resulta más difícil que el previo. Así que más que de algo similar a la incómoda palabra *decadencia*, podríamos hablar de un ajuste de crecimiento de largo plazo. Segundo: en el último cuarto del siglo XX el retroceso dinámico es evidente en todas las economías avanzadas, así que Estados Unidos no constituye un caso aislado sino la confirmación de una regla universal. Hasta aquí la búsqueda de consuelos. El problema es que, no obstante lo anterior sea cierto, el peso relativo de la economía USA en el contexto de la economía mundial, parecería encaminado a una declinación persistente, que tiene a veces fases de aceleración y, otras veces, de demora. Pero sobre el sentido de marcha no parecerían legítimas muchas dudas. Si consideramos el PIB de Estados Unidos como una cuota porcentual del PIB total de las siete principales economías de la OECD (Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Italia, Inglaterra y Canadá) resulta evidente la tendencia a la baja del peso relativo de la economía de Estados Unidos incluso desde antes de los años setenta, como resulta de la gráfica que aparece a continuación.

² Ver, como ejemplos, la buena descripción de los hechos fundamentales que hacen Samuel Bowles, David M. Gordon, Thomas E. Weisskopf, *Beyond the Waste Land, a Democratic Alternative to Economic Decline*, Anchor Press, New York, 1984, pp. 19-33.



Fuentes: Cálculos sobre datos de A.Maddison, *Monitoring*, cit. pp.180-183 y Banco Mundial, *World Development Report*, vv. años.

Usamos aquí dos series, considerando la no-coincidencia entre los datos de Maddison y los del Banco Mundial. Ambas series indican, sin embargo dos tendencias significativas de las últimas décadas. La primera es la declinación de largo plazo de la participación del PIB de Estados Unidos en la producción conjunta de las siete economías a partir de 1950; la segunda es la estabilización de esta declinación desde los años noventa. Basándonos en los datos del Banco Mundial, la tendencia mencionada es comprensible considerando que la última década del siglo atestigua una reducción sensible del crecimiento tanto en Europa occidental como en Japón. Dos hechos que, sin embargo, difícilmente podrían considerarse como indicativos de tendencias futuras de largo plazo.

En 1950 Estados Unidos se encontraba en la cúspide de su poder económico. Su economía sola era 22.3% superior a la otras seis juntas. El gran pico alcanzado en los años de la segunda Guerra Mundial, e inmediatamente posteriores, en un contexto de auge en Estados Unidos y de grave retroceso en Europa y en Japón, parecería corresponder a una “coyuntura” si no irrepetible, ciertamente excepcional. Un ciclo histórico, el de la incontestada hegemonía económica americana, entre 1940 y 1960, parecería comenzar a disiparse desde las últimas décadas del siglo XX. Pero de esto tendremos que hablar al final de este capítulo.

Volvamos, por el momento, al interior de las fronteras de Estados Unidos, limitémonos a señalar dos fenómenos relativos al ingreso de las familias entre 1970 y 1996. El primero: en el arco histórico de ese cuarto de siglo, la mediana del ingreso de la familia americana apenas registró un aumento de 13% en términos reales. El segundo: entre las dos fechas indicadas, mientras las familias con ingresos entre 25 y 50 mil dólares anuales pasan de 41.5 a 31.2 por ciento del número total de familias, en el otro extremo, aumenta en forma asombrosa el porcentaje representado

por las familias de ingresos superiores a 75 mil dólares, de 10 a 20 por ciento del total de familias.³ Lo que parecería confirmar la opinión de Christopher Lasch según quien la impresión de Estados Unidos como una sociedad de clases medias se basa más sobre la expansión de los trabajos en los servicios (donde los salarios son en promedio inferiores a los de la vieja clase obrera) que a un incremento real de las familias pertenecientes a los grupos medios de ingresos.⁴

¿Qué ocurrió? Hay, como era de esperarse, varios fenómenos que se entrecruzan entre sí y que impiden establecer una jerarquía absoluta de causas únicas. Mencionemos los aspectos más sobresalientes: la inicialmente lenta y cada vez más acelerada reducción de los ahorros, como cuota del PNB;⁵ la drástica reducción de las utilidades reinvertidas como porcentaje de los ingresos corporativos desde fines de los años 70⁶ y la reducción del incremento de la productividad, que pasa de un promedio anual de 2.9% en 1948-73 a un promedio anual de 1.2% en 1973-98. A todo lo cual tenemos que añadir la persistencia y agudización del déficit comercial que se presenta, por primera vez, en 1971 y ha persistido desde entonces hasta fin de siglo, con sólo dos excepciones (en 1973 y 1975).

Estos son los temas, que no necesariamente las “causas” de problemas que no obstante todo no han impedido a la economía de Estados Unidos crear, entre 1980 y 1997, 73 millones de empleos y perder, en el mismo periodo, 44 millones, con una impresionante creación neta de 29 millones de empleos. Estados Unidos es cualquier cosa menos una economía de rodillas y sin capacidad de cambio. Sin embargo, una es evidente: el cambio de *mood*. La edad del optimismo, que en cierta medida fue también una edad del orgullo ingenuo acerca de la adquirida eternidad de una situación en que las empresas americanas serían siempre las más productivas, que pagarían los salarios más elevados asegurando al país una preeminencia inoxidable en productividad y bienestar, esa edad ha sido superada para siempre desde algún momento al comienzo de los años 70. Con razón, dice Paul Krugman: “In 1973 the magic went away”.⁷

Veamos entonces dos ciclos presidenciales que en los años 80 y 90 han encarnado, de distinta forma, alguna renovación de la confianza en la posibilidad de, si no revertir, por lo menos detener el deslizamiento del país en un plan inclinado que después de la economía podría afectar la posición internacional del dólar y la misma centralidad estratégica de Estados Unidos en el mundo. Dos intentos de signo opuesto: uno por el lado conservador, bajo la presidencia de Ronald Reagan, y el otro por el lado correspondiente a la tradición liberal *americana*, bajo la presidencia de William Clinton. Después de describir los hechos sobresalientes de las dos

³ Datos de U.S. Census Bureau, *Statistical Abstracts of the United States*, 1998.

⁴ *The True and Only Heaven (Progress and Its Critics)*, W.W. Norton, New York, 1991, p. 479.

⁵ Que pasan de 21% en los 60 a 19.6% en los 70, a 17.7 en los 80s y a alrededor de 12% en los 90s.

⁶ V. Robert H. Hayes, *U.S. Competitiveness: “Resurgence” versus Reality*, Challenge, vol. 39, núm. 2, 1996, p. 38.

⁷ *Peddling Prosperity*, W.W. Norton, New York, 1995, p. 3.

últimas décadas del siglo, que había sido anunciado *americano*, tendremos que concentrar la atención sobre dos últimos aspectos: las perspectivas de la productividad y de la política exterior *americana*, para llegar a la conclusión: ¿qué clase de decadencia está protagonizando Estados Unidos? Si es que de decadencia es legítimo hablar.

Con Reagan, en 1981, llega a la presidencia un viejo conservador californiano. Si Nixon recibe de la “mayoría silenciosa” la tarea de restablecer el orden interno, restaurando un americanismo cuarteado, y de ganar afuera una guerra humillante, el mandato de Reagan consiste en reconstruir un dinamismo económico perdido desde comienzo de los 70 y restablecer un sentido de potencia mundial, humillado por la derrota en Vietnam y desconcertado por las afrentas sufridas en Irán. En economía interna como en política internacional, el sentimiento que serpentea en distintas partes es la nostalgia, el deseo de una clave para regresar a una edad del oro perdida en que *América* no era desafiada por unos campesinos asiáticos mal vestidos y mal armados, por los cheiques árabes de la OPEP o por unos ayatollah fanatizados. Muchas cosas se mezclan: la rebeldía contra los impuestos,⁸ el deseo de reconstruir un sentido de orgullo militar, la voluntad de volver a los mitos fundacionales de la historia nacional -entre los cuales, el individuo con un mínimo de compromisos y vínculos sociales, la reverencia hacia la riqueza, como confirmación de la virtud, y el aborrecimiento a la pobreza, como prueba de falta de iniciativa y de capacidad de trabajo del individuo. Para decirlo en términos keynesianos, una voluntad de regreso a los *espíritus animales* del capitalismo (corrompidos por generaciones de liberales en Washington) como única fórmula para restablecer la vitalidad extraviada. Este es el *New beginning* con el cual Ronald Reagan, un político que por mucho tiempo había sido visto como expresión de un folklorismo derechista sin mayor importancia, intenta, con éxito, conjuntar en su favor las diferentes vertientes de la cultura conservadora de Estados Unidos.⁹

En el equilibrio variable entre capitalismo y democracia, que constituye un eje importante de la historia *americana*, los dos periodos presidencias de Reagan (1981-88) acentuarán el primer término. Para él las prioridades habían cambiado respecto a comienzo de siglo, cuando Theodore Roosevelt o Woodrow Wilson usaban la democracia para ampliar los espacios de una política capaz de limitar el poder de los ricos. Ahora se trataba de hacer el camino al revés: restablecer la

⁸ Siempre latente en una sociedad que tiende a considerar una verdad evidente la inherente malevolencia tanto del gobierno como de los impuestos; v. A este propósito Thurman Arnold, *The Folklore of Capitalism, cit.*, pp. 311s.

⁹ Una tarea no fácil. Con mucha perspicacia, señala Arthur M. Schlesinger, Jr. “Economic conservatism and evangelical moralism have always been uneasy partners. They have different fish to fry. The economic conservatives of the 1980s want primarily to reduce government regulation and taxes. The evangelical moralists want to ban liberated women, abortion, secular humanism, pot and sexual candor; to restore authority to the male and prayer to the public school. One group enjoys the permissive society. The other demands its abolition. Economic conservatives want to get government off our backs. Evangelical moralists want to put government into our beds”, *The Cycles of American History*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1986, p. 39.

dignidad de la riqueza como pulsión vital de la sociedad *americana*. Por eso, probablemente, Reagan no habría entendido la observación de uno de los críticos más lúcidos de la sociedad americana: “When money talks, everybody else is condemned to listen. For that reason a democratic society cannot allow unlimited accumulation”.¹⁰ Pero es necesario añadir, de inmediato, que la promesa del *new beginning* no se cumplió. No obstante promesas y amenazas, el núcleo central del Estado de bienestar creado sobre todo por el neoyorquino Roosevelt y el tejano Johnson, quedó intacto durante la presidencia del californiano Reagan. Y a esta extrañeza, que revela las resistencias silenciosas de una sociedad organizada y su íntimo conflicto entre ideología e intereses reales, se añadió otra: el mismo presidente que había criticado al presidente Carter de llevar el déficit presupuestal a 74 billones de dólares, cuando dejó la presidencia, ocho años después, el déficit que legaba a sus conciudadanos alcanzaba 155 billones.¹¹ La coherencia ideológica se restablecía con la reducción de los impuestos, sobre todo a favor de los altos ingresos y de las empresas y el incremento de las aportaciones a la seguridad social. Al mismo tiempo, los gastos públicos crecían, sobre todo en el rubro militar y en el pago de intereses sobre la deuda pública abultada por los déficit presupuestales. La deuda pública que bajaba persistentemente desde el final de la segunda guerra mundial, volvió a crecer, tanto en términos absolutos como relativamente al PIB, justamente desde comienzo de los años 80.

En el plano de lo predecible, o por lo menos de lo que no cuesta mucho considerar relativamente normal, están dos hechos que caracterizan la administración Reagan. El primero es el deterioro en la equidad en la distribución del ingreso. Si se comparan los datos de 1980 y 1990, el 80 % de la población de menor ingreso redujo su participación al ingreso nacional mientras sólo el 20% superior registró un incremento: de 41.5 a 44.3% en las dos puntas de la década.¹² El otro acontecimiento relevante está asociado al efecto perverso de la desregulación financiera promovida por la administración republicana, lo que hizo posible a los *Save & Loan*, pequeños bancos tradicionalmente ocupados en créditos hipotecarios, lanzarse a aventuradas especulaciones financieras que terminaron por costar a las

¹⁰ Christopher Lasch, *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*, W.W. Norton, New York, 1996, (1ª ed. 1995), p. 22.

¹¹ Lo que, entre otras cosas, motivó un ensayo de Seymour M. Lipset, con el sugerente título de *Vote for the Other Guy*, en que se argumentaba que, vistos los giros inesperados en las políticas de Nixon y de Reagan, el elector haría mejor a votar por el candidato que prometiera lo contrario de aquello que el votante considerara deseable, en A. Anderson, D. L. Bark, (Eds.), *op. cit.*, p. 402.

¹² Otra forma para ver lo mismo es esta: entre 1985 (el año de inicio del segundo gobierno de Reagan) y 1992 (el último año del gobierno de Bush) el número de contribuyentes en el grupo de ingreso entre 30 y 50 mil dólares apenas aumentó de 18.3 a 21.3 millones de personas, pero el grupo con ingresos entre 75 y 200 mil dólares pasó de 2.1 a 6.8 millones y el grupo con ingresos superiores a un millón de dólares pasó de 17 a 67 mil personas. Elaboraciones sobre datos de U.S. Census Bureau, *Statistical Abstracts of the United States*, vv. Años. Notemos también que entre 1985 y 1992 la alícuota fiscal aplicada a los ingresos superiores a un millón de dólares se redujo de 39 a 27 por ciento, mientras la alícuota correspondiente a los ingresos entre 30 y 40 mil dólares se redujo de 12 a 10 por ciento.

finanzas públicas más de 100 mil millones de dólares para pagar a los depositantes de los S&L en bancarrota.

Los años de Reagan (1981-88) no registran ningún cambio de tendencia respecto a los ocho años previos (1973-80): en los dos casos el crecimiento del PIB gira alrededor de 3 por ciento anual. Tal vez el hecho económico más significativo del periodo fue la política monetaria expansiva que la reserva Federal condujo desde 1982 en adelante. Abramos un pequeño paréntesis sobre este aspecto. En 1979, impulsados por el segundo choque petrolero que había multiplicado por dos los precios internacionales del crudo, los precios al consumidor habían crecido en 11.3 por ciento. Y en octubre de ese año, para hacer frente a una situación evidentemente peligrosa, la Reserva Federal decidió cambiar política pasando de las maniobras sobre el tipo de descuento a la fijación de objetivos máximos de oferta monetaria. El endurecimiento en clave monetarista, guiado por el director de la Reserva, Paul Volcker, se mantuvo por cerca de dos años produciendo un abatimiento de la inflación pero también, en 1982, un retroceso absoluto del PIB de 2.1 por ciento, el peor en varias décadas.¹³ Se había controlado un problema al costo de producir otro. Considerando la profundidad de la crisis, el hecho que el desempleo había pasado de 6.1 a 10.7 millones entre 1979 y 1982, y que la inflación había sido puesta bajo control, si bien a un costo evidentemente muy elevado, la Reserva Federal decidió inaugurar una política monetaria expansiva. De cualquier manera la tasa de descuento se mantuvo elevada por toda la década (entre 6 y 9 por ciento). A consecuencia de lo anterior ocurrieron dos fenómenos, ambos con efectos negativos sobre el saldo comercial de Estados Unidos hacia el resto del mundo: la crisis de la deuda mexicana, anuncio del surgimiento de problemas similares en otros países en desarrollo, y la valorización del dólar. Notemos que incluso desde 1986, desde cuando el dólar comienza a perder valor respecto a las otras divisas, el déficit comercial, si bien a la baja, no volvería a los niveles previos. Entre 1980 y 1988 el déficit comercial pasó de 25 a 127 mil millones, después de haber tocado la punta de 160 mil millones en 1987. Y como era inevitable, la combinación de los dos déficit, en las cuentas externas y en el presupuesto, conjuntamente con la conservación de elevadas tasas internas de interés, alimentaron flujos de capitales hacia Estados Unidos que terminaron por convertir ese país en importador neto de capital y, consiguientemente, en deudor neto frente al resto del mundo.

Si a los ocho años de Reagan añadimos los cuatro de la posterior presidencia de George Bush, para evaluar los resultados globales de doce años de gobierno republicano iniciado con la promesa de un *nuevo comienzo*, los datos esenciales del periodo pueden resumirse en el cuadro siguiente.

¹³ En una explicación posterior de los acontecimientos de este periodo, Paul Volcker achacó la mayor parte de la responsabilidad de aquel drástico retroceso a la decisión de la administración Carter de establecer un sistema de control sobre el crédito al consumo y "el resultado fue una caída precipitosa de la economía como nunca había visto antes", testimonio de P. Volcker sobre política monetaria en Martin Feldstein (Ed.), *American Economic Policy in the 1980s*, The University of Chicago Press, Chicago, 1994, p. 147.

	1969-1980	1981-1992
Crecimiento medio del PIB	2.9%	2.6%
Ahorros brutos (% del PNB)	19.7%	17.1%
Inversión Domestica Privada (% del PIB)	16.5%	15.5%
Personas debajo del índice de Pobreza (% del total)	13.0%(*)	14.8%**)
Mediana de Ingreso familiar (dólares 1996) (a)	40,079(*)	40,900(**)
Deuda Federal Bruta (% del PIB)	33.4%(*)	65.1%**)

Fuentes: Cálculos a partir de datos de *Economic Report of the President*, 1999. (*): 1980; (**): 1992. (a): U.S. Census Bureau, *Statistical Abstracts of the US*, 1998.

Frente a estos datos parece acertado el juicio de Paul Krugman: “A dozen years of conservative economic policies were not disastrous for growth. But there is absolutely no sign that these policies did anything to produce faster growth”.¹⁴

El otro intento para aprestar una estrategia de recuperación económica de largo plazo parte en 1993 con la victoria electoral democrática del presidente Clinton el año anterior. Y aquí también nos encontramos frente a sorpresas y anomalías. Si los presidentes conservadores del ciclo político anterior habían aumentado el déficit presupuestal hasta llevarlo al 4.7% del PIB, en 1992, el presidente demócrata que llega después restablece, en 1998, una situación de superávit, en el orden de 0.8% del PIB, el primer saldo positivo desde 1969. Y entre los elementos que contribuyen a este resultado tenemos una progresiva reducción del peso específico del gasto público total que pasa de 22.5 a 19.7% del PIB entre 1992 y 1998. Números y circunstancias que nos remiten a las paradojas del *Vote for the other guy*, de Seymour Martin Lipset: la idea de que, en las últimas décadas, los presidentes hacen normalmente lo contrario de lo que su tradición política sugiere que deberían hacer. Conservadores keynesianos que crean déficit fiscales sin antecedentes en décadas y liberales que emparejan las cuentas públicas. El mundo de cabeza. Una posible explicación es que los presidentes en turno están mucho más condicionados por los problemas heredados de sus predecesores, y por la corriente dominante de opinión que encuentran en su periodo presidencial, que por sus, más o menos, claras ideologías económicas.

¹⁴ *Peddling Prosperity*, cit., p. 117.

Pero volvamos al presupuesto. El reequilibrio de las cuentas públicas al final de los años 90 ocurre sobre todo por el incremento, pequeño, de las tasas marginales de impuesto sobre los ingresos más altos y una ligera reducción de esas tasas sobre los ingresos de las familias más pobres. Otro elemento de política es el fortalecimiento de los créditos fiscales que en forma de reembolso benefician las familias de bajos ingresos y con hijos. Pero el hecho determinante en la mejora sustantiva de la situación de las cuentas públicas es el crecimiento económico entre 1993 y 1998: una tasa promedio de 3.2 por ciento. Es esta una velocidad de crecimiento bastante más baja que la registrada (4.0%) entre 1948 y 1973 y sin embargo, tenemos aquí algo notable que requiere algún comentario: el hecho que este crecimiento ocurre con una simultánea reducción tanto de la inflación como del desempleo. En 1998 la tasa de desempleo llega a su nivel más bajo desde 1969, 4.2%, y, en ese mismo año, la tasa de incremento de los precios al consumidor se sitúa en un 1.6%, la tasa más baja desde 1965. ¿Cómo explicarlo? Según los libros de texto una persistente reducción del desempleo estimula un reencendido inflacionario porque los trabajadores incrementan su capacidad de negociación salarial y porque una demanda dinámica, asociada al menor desempleo, pone las empresas en las condiciones de aprovechar la situación transfiriendo a los consumidores sus mayores costos. ¿Por qué nada de esto sucede realmente a fines de los años 90?

Hay varias razones por las cuales la dinámica de los precios siguió a la baja incluso en presencia de la reducción del desempleo. Mencionemos algunas. El mayor interés de los trabajadores en conservar su empleo respecto al objetivo de aumentar el salario. Sin considerar la continuada situación de debilidad de los sindicatos.¹⁵ La mayor apertura externa de la economía, que se refleja en el creciente peso de las importaciones respecto al PIB, con lo cual el incremento de los precios está limitado por los precios de los productores extranjeros que venden en el mercado americano. En tercer lugar, está probablemente la mayor creación de empresas y la elevada tasa de quiebras que parecerían indicar un reforzamiento de la competencia en varios sectores de la actividad económica. En cuarto lugar, el relativo aumento de la productividad, que sin indicar aún una aceleración sostenible en el tiempo respecto a la tendencia de las últimas décadas, ha contribuido a evitar una presión al incremento de los precios. Y finalmente, la valorización del dólar respecto a las otras divisas lo que reduce el costo de las importaciones en moneda nacional. En un contexto de este tipo, caracterizado por un prolongado ciclo de crecimiento, la política monetaria de la Reserva Federal ha sido curiosamente permisiva incluso en presencia de una persistente reducción del desempleo. Evidentemente el superávit fiscal alcanzado desde 1998, que reduce la demanda de recursos de parte del gobierno, y la persistente reducción de la tasa de inflación, han hecho que la Reserva Federal se resistiera a un incremento sustantivo de la tasa de

¹⁵ Entre 1983 y 1998 la fuerza trabajo civil crece de 112 a 138 millones de personas y, en el mismo periodo, los afiliados a los sindicatos se contraen de 17.7 a 16.4 millones. Lo que establece uno de los índices de sindicalización más bajos en el contexto de los países industrializados.

descuento que podría interrumpir un largo ciclo de expansión económica.¹⁶ En lo concerniente a los temas de bienestar social, el escenario tiene rasgos mixtos. De un lado tenemos salarios semanales, a precios de 1982, que en 1998, no obstante los ligeros incrementos de los cuatro años previos, persisten por debajo del nivel alcanzado en 1963.¹⁷ Y sin embargo, al mismo tiempo, el porcentaje de la población que vive con el apoyo del Welfare muestra claras señas de reducción en la segunda mitad de los años 90.

¿Son el conjunto de los datos indicados hasta aquí suficientes a afirmar que, a final de siglo, Estados Unidos habría reencontrado el camino que podría reconducirlo hacia una segura centralidad económica a escala mundial como la que, de alguna manera, tenía todavía en los años sesenta? La respuesta optimista de Joseph Stiglitz, antiguo jefe del Consejo de Asesores Económicos del presidente, acerca de que el mayor logro de la administración Clinton habría sido encontrar una clave de desarrollo a mitad de camino entre el New Deal y la Reagonomía,¹⁸ parece, obviamente, más una fórmula discursiva de dudosa exactitud, que una clave para el retorno a la edad de oro. Suponiendo que exista en alguna región de purezas platónicas alguna clave que pueda cumplir una tarea que podría ser históricamente inviable. De cualquier manera, una respuesta contundente a la pregunta anterior pondría cualquiera que se atreviera a darla en un plano no muy distinto al de Nostradamus. Pero un par de indicadores, capaces de señalar tendencias pueden aún plantearse. El primero es que la mediana del ingreso de las familias se incrementa en 43% entre 1962 y 1979, pero desde 1979 a 1997 el incremento se reduce a un 4.9%, sin considerar que entre 1989 y 1997 no hay incremento alguno. Algo persiste bloqueado en la sala de máquinas del barco americano. Pero el aspecto más relevante, el que con razón han capturado la atención del mayor número de estudiosos y observadores, es el deterioro de largo plazo del dinamismo de la productividad. Parecería estar ahí uno de los problemas centrales: un problema complejo que es reflejo de una multiplicidad de otros problemas. Entremos entonces en esa jungla.

Simplifiquemos con el machete en mano: en el largo plazo las ganancias en productividad significan dos cosas, incremento de la capacidad competitiva y del bienestar social. Así que, una contracción persistente en la velocidad de crecimiento de la productividad puede implicar el deterioro de la competitividad frente al resto del mundo y el estancamiento o el retroceso del nivel adquirido de bienestar social. Entre 1949 y 1973 la productividad (medida convencionalmente como producto por hora de trabajo) en el sector privado no agrícolas creció en 80% mientras el ingreso

¹⁶ Una anomalía más: un director de la Reserva Federal de absoluta fe monetarista que no interrumpe un ciclo expansivo no obstante la reducción del desempleo, como señala John Cassidy en *The Experiment. Why Allan Greenspan decided to let the good time roll*, *The New Yorker*, May 24, 1999, p. 51.

¹⁷ V. Economic Report of the President, 1999, p. 382.

¹⁸ *Defending the Clinton Administration: Interview with Joseph Stiglitz*, *Challenge*, vol. 40, núm. 3, 1997.

disponible per cápita lo hacía en 82%. En el periodo posterior, 1973-97, las dos variables crecían, respectivamente, en 30 y 42.6%.

Siguiendo las indicaciones contenidas en un artículo de Robert Solow de 1956, la reflexión económica se ha centrado en una evaluación de los determinantes del crecimiento que consiste en evaluar la cantidad de recursos, divididos en capital y trabajo, y después medir la cantidad de producto por unidad de recurso. Los estudios más sistemáticos a este respecto a propósito del caso *americano* son los de Edward Denison.¹⁹ Las conclusiones a las cuales llega el autor pueden resumirse así: entre 1929 y 1960 el ingreso nacional creció a una tasa media de 3.22%: un poco menos de la mitad de esta tasa se debe al incremento de la cantidad de capital y trabajo (considerando que el aporte del trabajo fue tres veces más importantes que el del capital); un poco más de la mitad se debió al incremento del producto por unidad de recurso empleado, o sea, la *productividad*, y poco menos de dos terceras partes de este incremento se debió, según la clasificación de Denison, al “*Advances in Knowledge and n.e.c.*” (*not elsewhere classified*), además del aporte de las economías de escala y la mejor distribución sectorial de los recursos. La clave, evidentemente está en los avances del conocimiento, técnico y managerial, que permiten reducir los costos por unidad de producto. Así que, una tercera parte del crecimiento del ingreso nacional entre 1929 y 1969 se debió a una categoría “avance del conocimiento” que se determina como residuo contable más que por medición directa. En un estudio posterior, el mismo autor señalaba el año de 1974 como frontera entre un periodo de crecimiento acelerado de la productividad y un periodo de casi estancamiento.²⁰ Los estudios disponibles indican que en el largo plazo ha sido mucho más importante en el dinamismo del producto (total o per capita) el incremento de la productividad que el incremento de la dotación de capital por empleado,²¹ aunque la separación de los efectos del segundo elemento sobre el primero constituya un problema virtualmente imposible de solucionar sino a través de demasiado audaces simplificaciones estadísticas. De cualquier manera parece dudosa la conclusión que vincula estrechamente la dinámica de la productividad a largo plazo con las inversiones en maquinaria y equipo y que, en la tradición de Solow, trata la productividad como un “residuo”.²²

¹⁹ Edward Denison, *Accounting for United States Economic Growth, 1929-1969*, The Brookings Institution, Washington, D.C. 1974.

²⁰ Edward Denison, *The Interruption of Productivity Growth in the United States*, The Economic Journal, vol. 93, núm. 369, Marzo 1983, p. 56. Con lo cual el ritmo de crecimiento potencial, o sea, en condiciones de uso pleno de los recursos disponibles, pasaba de 4% en 1948-73 a 2.4% en 1973-81.

²¹ V. Moses Abramovitz, *The Search for the Source of Growth: Areas of Ignorance, Old and New*, The Journal of Economic History, vol. 53, núm. 2, June 1993, p. 218. Y también, del mismo autor, *Resources and Output Trends in the United States since 1870*, The American Economic Review, vol. XLVI, núm. 2, 1956, pp. 17s y Stephen Broadberry, *How did the U.S...., cit.*, p. 400.

²² Como hace Bradford de Long en *Productivity Growth and Machinery Investment: A Long-Run Look, 1870-1980*, The Journal of Economic History, vol. 52, núm. 2, 1992, p. 322. Salvo que el mismo autor reconoce que en la URSS el incremento de las inversiones en maquinaria tuvo pobres efectos sobre la productividad. Lo cual constituye una excepción cargada de posibles enseñanzas

Las pautas de largo plazo de la productividad son el reflejo sintético de elementos que van de los valores y motivaciones de enteras comunidades humanas a los cambios en la composición sectorial del producto, de los ciclos mundiales y nacionales de mayor o menor intensidad en la evolución del conocimiento científico a las fases de transición de una etapa tecnológica a otra, de la calidad de la educación escolar a las políticas de desarrollo de un país, etcétera. Y desagregar los varios componentes es antes que nada un gigantesco problema analítico y, colateralmente, estadístico. Lo evidente es que en el periodo posterior a 1973 la caída dinámica de la productividad es un fenómeno que afecta todas las principales economías del mundo. Pero es en Estados Unidos donde esta reducción es más sensible.²³ Si bien a niveles reducidos respecto al periodo anterior, en las dos últimas décadas del siglo XX la productividad crece en Japón, Francia, Italia e Inglaterra a tasas medias anuales que oscilan alrededor de 2% anual, casi el doble respecto a Estados Unidos. Así que, si en 1973 el nivel absoluto de productividad en Estados Unidos (PIB por hora trabajada) era cerca de treinta por ciento superior a Alemania, Francia e Italia, en 1995 la productividad de los primeros dos países ya es igual a la de Estados Unidos y la de Italia es apenas diez por ciento inferior.²⁴

En los avances de productividad que por un cuarto de siglo después de 1948 registraron incrementos en el orden del 3% anual (una situación envidiable en que la riqueza nacional podía duplicarse cada 23 años), la tasa más elevada de la historia económica de Estados Unidos, intervinieron una multiplicidad de factores asociados a una sociedad que ampliaba en continuación las fronteras de sus necesidades mientras las inversiones crecían aceleradamente y los gastos militares y de la NASA permitían a muchas empresas de punta, en electrónica, en aeronáutica y en telecomunicaciones realizar proyectos arriesgados bajo el paraguas protector del sistema de compras públicas. Todo lo cual repercutía en beneficio de la producción civil.²⁵ Pero, desde comienzo de los años 70, la productividad comenzó a avanzar a tasas cercanas a una tercera parte respecto a la marca previa. ¿Por qué se rompió ese momento mágico en que la productividad reducía los costos, lo que ampliaba la demanda de mercado que estimulaba el empleo que ampliaba las economías de escala que alentaban el uso de tecnologías cada vez más sofisticadas que...? ¿Fue la

sobre las dimensiones, digamos no-materiales, sino comportamentales y de organización social del incremento de largo plazo de la productividad. Es más que obvio que en cierto grado de desarrollo el incremento de la productividad requiere importantes inversiones en maquinaria, pero vale la duda que este sólo factor pueda sostener ulteriores ganancias si no va junto con otros elementos que afectan los comportamientos y las motivaciones individuales y colectivos.

²³ Sobre todo en los sectores del petróleo, en los metales primarios, en el tabaco, en la construcción y en finanzas y seguros; v. Michael Dertouzos, Richard Lester, Robert Solow (and the MIT Commission on Industrial Productivity), *Made in America: Regaining the Productive Edge*, The MIT Press, Cambridge, Mass, 1989, p. 28.

²⁴ John Schmitt, Lawrence Mishel, *The United States is not Ahead in Everything that Matters*, Challenge, vol. 41, núm. 6, Nov-Dic 1998, p. 45.

²⁵ V. D.C.Mowery, N.Rosenberg, *Technology and the Pursuit...*, cit., pp. 145s.

reducción de la productividad, causa o efecto? Preguntas son estas a las cuales es difícil dar respuestas contundentes. Pisemos un terreno seguro.

Lo claro es que en 1960 las actividades de servicio (transporte, comercio, finanzas, gobierno y servicios propiamente dichos) representaban el 62% del PIB, a fin de siglo representan más de tres cuartas partes. Y si miramos a la composición sectorial del empleo, las cosas están así: sobre 126 millones de empleados fuera de la agricultura en 1998 101 están en los servicios y apenas 25 en el sector productor de bienes. O sea, 80%. ¿Cuál es el punto? El punto es que justamente en los servicios es donde la productividad ha registrado tasas de crecimiento casi nulas en el último cuarto del siglo *americano*. Lo cual no sería, tal vez, un gran problema si los servicios representaran menos del 50% del producto nacional, pero si representan más de tres cuartas partes del mismo es problema es obvio.²⁶ Y su significado, también. Si Estados Unidos es la sociedad más avanzada en el terreno de la terciarización de la economía, la que se encuentra adelante respecto a otros países en la experimentación de nuevas formas, postindustriales, de producción y de organización social, es inevitable que sea también la sociedad que revela antes que otras los costos de esa transición. Y el costo mayor estriba hoy justamente en la reducción del ritmo de crecimiento de largo plazo a consecuencia del menor dinamismo de la productividad, sobre todo en las actividades de servicio.²⁷ Para concluir acerca de este punto quizá pueda decirse esto: en el decepcionante comportamiento de la productividad de la economía americana del último cuarto del siglo XX se sintetizan muchos elementos que permiten formular la hipótesis de que más que una causa eficiente de la incapacidad de esta economía para recuperar sus éxitos del cuarto posterior a la segunda guerra mundial, tengamos en la productividad el indicador más visible, pero derivado, por así decir, de un malestar que podríamos llamar transnacional. Dos temas se cruzan. De un lado tenemos una sociedad que ha ido más lejos que cualquier otra en las fronteras de la industrialización y que hoy registra los límites de avance ulterior sobre la base de los conocimientos técnico-científicos disponibles y, sobre todo, de los vínculos energéticos asociados a los costos directos o a las consecuencias sociales relativas al uso de ciertas fuentes de energía. Estados Unidos registra los límites que todos los demás países experimentarán en el futuro, cuanto más se acerquen (a menos que ocurra una nueva revolución técnico-científica o el descubrimiento de nuevas

²⁶ Sharon Kozicki, *The Productivity Growth Slowdown: Diverging Trends in the Manufacturing and Service Sectors*, Economic Review (Federal Reserve of Kansas City), vol. 82, núm. 1, 1997, pp. 34-38.

²⁷ En los últimos años del siglo parecería haber algún indicador de repunte de la productividad asociado al uso más extendido de las computadoras, a las políticas de "downsizing" en muchas empresas manufactureras y a cierto repunte de las inversiones. Sin embargo, las oscilaciones siguen estando muy cerca de una línea de largo plazo de evolución de la productividad que tolera oscilaciones al alza en correspondencia de movimientos cíclicos positivos de parte de la economía, sin que ello anuncie comportamiento distinto de la productividad en el largo plazo. A este propósito es interesante Andrew Filardo, *Has the Productivity Trend Steepened in the 1990s?* Economic Review (Federal Reserve Bank of Kansas City), vol. 80, núm. 4, 1995, p. 51.

fuentes energéticas) a la madurez estructural y tecnológica estadounidense de la actualidad. Pero, del otro lado, está probablemente, y no obstante repuntes coyunturales más o menos dinámicos del pasado reciente o del futuro, el *cansancio* de una sociedad que ya no parecería encontrar el impulso de las motivaciones individuales y colectivas que en el pasado alimentaron sucesivas y extraordinarias (por sus consecuencias técnicas y sociales) oleadas de crecimiento. Motivaciones, disposiciones psicológicas capaces de empalmar intereses individuales y colectivos y confianza en sí mismos se han deteriorado en el camino y aunque todo esto sea difícilmente operacionalizable en algún sistema de comprobación empírica, está ahí como una atmósfera cultural más coherente con el fin de un ciclo nacional que con el comienzo de otro cargado de expectativas hacia el futuro. El material intrincadamente complejo y sutil, igual y distinto, del cual tal vez están hechas todas las decadencias.

Y pasemos ahora a la relación de Estados Unidos con el resto del mundo. Un tema que complica todo el cuadro dibujado hasta aquí y que revela en relación con el otro, el mundo, la actitud de una sociedad con un presente incierto. Limitémonos a bosquejar aquí algunos elementos. El primero es también el más evidente. En las postrimerías de la segunda Guerra Mundial, en Yalta y en Bretton Woods, se establecieron las piezas centrales de la arquitectura política y económica de la segunda mitad del siglo XX. De manera formal o informal, Estados Unidos estuvo en el centro de los dos edificios. La guerra fría posterior reforzaría la centralidad política del país en la confrontación global contra el comunismo, o lo que Estados Unidos consideraba, en una mezcla inestable de temores, ardores y fría evaluación de intereses, comunismo. El hecho es que a comienzos del siglo XXI el panorama es muy distinto respecto a mediados del siglo XX, pero la arquitectura del mundo sigue siendo formal y fundamentalmente la misma. La guerra fría se fue y el patrón dólar-oro también. Ni en 1989 ni en 1991, en los momentos cruciales del cambio político que enterraba el comunismo en Europa central u oriental, el gobierno de George Bush tuvo la capacidad para lanzar esquemas de ayuda económica que fueran siquiera comparables al Plan Marshall durante la administración Truman. En menos de medio siglo muchas cosas habían cambiado. Los recursos disponibles para la generosidad hacia el resto del mundo representaban ya una cantidad mezquina²⁸ y además había dejado de ser fácil ser generosos en un contexto internacional competitivo en el que la hegemonía americana hace tiempo había dejado de ser eje indiscutible de la organización, económica y política, del mundo. Si bien es cierto que la posición estratégica de Estados Unidos sigue siendo envidiablemente segura, considerando que en 1995 el 32 por ciento del gasto militar mundial se origina en ese país, también es cierto que el presidente Clinton tuvo que forzar a los gobiernos japoneses a hacerse cargo del 75% de los gastos del mantenimiento de 100 mil soldados americanos en territorio asiático. Sin considerar que el gasto militar USA ha

²⁸ Los fondos de los programas de Asistencia Internacional, en dólares corrientes, se reduce de 10 mil a 9.6 mil millones entre 1990 y 1998, representando en esa última fecha menos de 1 por ciento del gasto federal total.

dejado de crecer y a fines del siglo XX alcanza el nivel alcanzado previamente en 1980, representando ahora apenas el 3 por ciento del PIB. *América* sigue estando en el centro político y económico del mundo sin que en realidad esté hoy claro si el país puede permitirse ese desgaste de energías y atenciones y siendo, sin embargo, bastante claro que este hecho se ha convertido en un factor de demora en la necesaria construcción de un orden mundial más correspondiente a los datos —otra vez: económicos y políticos— de la realidad contemporánea.²⁹

En 1815 un orden se construyó y duró prácticamente un siglo (mientras ocurrían en distintas áreas del planeta transformaciones económicas trascendentales); en 1919 fue imposible construir un orden mundial duradero (y en parte por responsabilidad *americana*) y en 1945 se construyó una estructura que si bien entre crujió, desgarró y una que otra ruptura localizada, evitó un enfrentamiento, probablemente fatal para la conservación de la vida en el planeta, entre las mayores potencias mundiales y permitió que en varios países (entre ellos los propios Estados Unidos) se crearan las condiciones de un crecimiento económico sin antecedentes. Y si bien sean cada vez más numerosas las señales que apuntan a la necesidad de repensar en muchos aspectos el orden formal surgido de la segunda postguerra, es también evidente que persisten resistencias al cambio. Y Estados Unidos constituye hoy una de estas resistencias. Los tres intentos de reordenamiento mundial precedente ocurrieron después de tres grandes conflictos armados, en una situación traumática en que era evidente la necesidad de buscar formas de convivencia más adecuada a las nuevas relaciones de fuerza y nuevas reglas colectivas. A comienzo del siglo XX, a falta de una situación de este tipo son menores las presiones y las motivaciones psicológicas para abrir una gran confrontación mundial, de éxitos inevitablemente inciertos, sobre reglas, canales y procedimientos para tratar problemas y necesidades de nuevo tipo. Las ideas de una futura arquitectura mundial están lejos de ser claras y los problemas son gigantescos y además Estados Unidos acaba de salir victorioso de la confrontación estratégica con la URSS, sin considerar que el orden establecido en la postguerra no ha sido roto en forma traumática, imponiendo la necesidad de una restauración profunda. Sólo se ha deteriorado persistentemente frente a corrientes de cambio que con menor eficacia pueden ser guiada al interior de la vieja estructura.

La conservación de un orden unipolar es hoy, probablemente, uno de los mayores factores de inestabilidad para la seguridad colectiva del futuro. Y por tres razones fundamentales. La primera es que el mundo se ha vuelto un lugar mucho más complejo y cargado de tensiones (económicas, culturales, políticas, estratégicas) que hace medio siglo y suponer que esta nueva complejidad pueda ser fundamentalmente subsumida bajo un centro ordenador es una forma potencialmente peligrosa de ingenuidad. La segunda es que en un mundo sin guerra fría las razones

²⁹ Con razón, se ha dicho: "When the US says only it can lead, other have every incentive to sit back and let it do so-which is, of course exactly what the Europeans have done in the Balkans", Christopher Layne, Benjamin Schwartz, *American Hegemony-Without an Enemy*, Foreign Policy, núm. 92, 1993.

de la disciplina se debilitan y las razones de conflicto se multiplican; la guerra (si bien fría) fue un factor de orden internacional. Y la tercera es que relativamente al resto del mundo la fuerza económica de Estados Unidos es mucho menor a comienzo del siglo XXI que a mediados del siglo XX y parecen escasas las razones para suponer que exista un camino de vuelta a la situación previa —suponiendo que eso fuera razonable y deseable. Los factores de entropía asociados a la centralidad *americana* en el mundo se han revelado frecuentemente en los últimos años. Puede ocurrir en nombre del común odio hacia *América*, Irán e Iraq, que en pocos años fueron capaces en su guerra recíproca de sacrificar un millón de vidas cada uno, olviden todo y apenas dos años después se den muestra de recíproca solidaridad frente a la intervención americana en la Guerra del Golfo de 1990. Todo se vuelve incongruente como en un teatro del absurdo, como si la realidad se abriera a una telaraña sutil de irracionalidades e incoherencias: y tenemos Irán que hospeda en su territorio ochenta aviones de combate iraquíes frente al riesgo de su destrucción en los bombardeos de Estados Unidos y Estados Unidos que financia la modernización del ejército de Iraq, en función antiiraní, hasta pocos meses antes que este país invada a Kuwait obligando *América* a intervenir para restablecer el orden; o la intervención humanitaria en Somalia, donde habían muerto 350 mil personas y muchas más estaban a punto de morir en una devastadora hambruna; una intervención terminada en el caos de los clanes locales unificados casi solamente en una cosa: disparar contra las tropas *americanas*.³⁰

No obstante las señales que sugieren cambios estructurales hacia una multipolaridad destinada a evitar que las tensiones mundiales se dirijan hacia una única punta de la pirámide (lo que la obliga a una incómoda visibilidad y a una peligrosa rigidez), el haber salido victoriosos del enfrentamiento estratégico con la *EXURSS*, parecería debilitar la percepción *americana* de la necesidad de emprender una revisión profunda del orden mundial. El peligro es evidente: el orgullo convertido en presunción adormece la conciencia de las debilidades y rigideces de un esquema político unipolar en un mundo proyectado a la globalización. Una globalización que supone un despertar de voluntades de desarrollo económico, de nuevos equilibrios de fuerzas y de ambiciones políticas renovadas de parte de países cuya pobreza implicaba en el pasado escasa presencia en el escenario internacional. La escasa conciencia *americana* acerca del problema puede asumir una forma liberal y una forma conservadora. La forma liberal tomó cuerpo con la virtual ausencia de política exterior durante la presidencia de William Clinton. Para él, como sostenía en un discurso de 1994, el principal objetivo de la política exterior es la competitividad. El silogismo va así: las exportaciones crecientes son sinónimo de salud económica y conservando esta será posible sostener una ventaja militar estratégica, con lo cual se garantizará la influencia americana fuera de las propias fronteras y el orden internacional.³¹ O sea, exportaciones como clave, al mismo

³⁰ Ver Stephen E. Ambrose, Douglas G. Brinkley, *Rise to Globalism*, Penguin Books, New York, 1997, (8ª ed.), pp. 382s.

³¹ S.E. Ambros, D. G. Brinkley, *op. cit.*, p. 408.

tiempo, para garantizar bienestar interno y orden internacional. Y otra vez, Estados Unidos mira al mundo en el espejo de los propios problemas, en lugar que hacer la operación contraria.

La forma conservadora puede asumir distintas modalidades. Una es la mesiánica. Veamos una formulación: "Today's lukewarm consensus about America's reduced role in a post-Cold War is wrong ... What should that role be? Benevolent global hegemony (...) The principles of the Declaration of Independence are not merely the choices of a particular culture but are universal, enduring, 'self-evident' truths. That has been, after all, the main point of conservatives' war against a relativistic multiculturalism".³² O sea: *America for all, for ever*. La idea de Henry Luce de un siglo americano queda evidentemente pulverizada frente a esta entusiasta declaración de eternidad hegemónica de incuestionables bases morales. Otra forma, digamos, laica de llegar a conclusiones similares es la que consiste en decir que Estados Unidos tiene la fuerza pero ha perdido la voluntad. Es lo que dice un estudioso revisando la política exterior de Estados Unidos en la segunda postguerra: "In the absence of clear purpose, foreign policy tends to be reactive, episodic, and directionless ... International leadership requires purpose, and when it exists, the system can be made to work".³³ Y aquí, simplemente, la voluntad se sustituye a la realidad. "The calvinist mind —nos recuerda Schlesinger— pronounced America the redeemer nation".³⁴

Estas manifestaciones de orgullo nacionalista no solamente traban la conciencia de los datos históricamente originales con los cuales se cierra un siglo y se abre otro, sino que hacen perder de vista el objetivo de repensar el futuro de la economía y la sociedad *americanas* y su, necesariamente nueva, ubicación en el contexto mundial. Si volvemos a la gráfica en que mostramos anteriormente el peso específico de la economía de Estados Unidos relativamente al conjunto de las siete principales economías de la OCDE, es evidente que en los años noventa el deslizamiento continuo que se aprecia desde 1950 parecía interrumpirse. ¿Qué ocurrirá en el futuro? ¿Volverá Estados Unidos a los niveles de los años 50, seguirá deslizándose (relativamente a sus principales socios-competidores) o se estabilizará alrededor de los valores actuales que, *grosso modo*, corresponden a los de las primeras décadas del siglo? Lo único claro es la línea de tendencia que indica que, incluso gracias a los apoyos estadounidenses y al ambiente de estabilidad internacional asegurado por la hegemonía americana en la postguerra, varios países han entrado a un ciclo de activismo económico que, descontando interrupciones momentáneas y vicisitudes impredecibles, parece destinado a un aliento de largo

³² William Kristol, Robert Kagan, *Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy*, Foreign Affairs, vol. 75, núm. 4, 1996, pp. 20 y 31. Y, para que no queden dudas, en la última página del artículo en cuestión, el editor, imposible saber si con sentido del humor o no, incluyó un ovalo con una fotografía de Teddy Roosevelt en 1898, en su uniforme de *Rough rider*.

³³ Michael Mastanduno, *The United States Political System and International Leadership: A 'Decidedly Inferior' Form of Government?*, en G. John Ikenberry (Ed.), *American Foreign Policy: Theoretical Essays*, Harpers Collins Publ., New York, 1996, p. 345.

³⁴ Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Cycles...*, *cit.*, p. 52.

plazo. Una historia antigua parece repetirse en su molde básico: el país a la cabeza de las transformaciones económicas contribuye con su ejemplo, a crear las condiciones dentro de las cuales otros países podrán seguir, con sus propias modalidades, el patrón históricamente exitoso, en un proceso de encadenamientos en que el imitador innova y el innovador imita. Desde las últimas décadas del siglo XX es evidente que el mecanismo de imitación-innovación se ha puesto en movimiento otra vez, rompiendo viejos equilibrios y creando nuevas fuerzas dinámicas. La Unión Europea que descubre en su seno una voluntad de experimentación institucional y Asia oriental que hace el mismo descubrimiento por el lado económico, constituyen hechos históricos que cambian todo el escenario internacional. Pero estos hechos, que modifican en forma irreversible las relaciones de fuerza y reparten en formas nuevas a escala planetaria el potencial económico, técnico y científico de pueblos y regiones, ¿implican al mismo tiempo una decadencia irreversible de parte de Estados Unidos? La respuesta a este interrogante es sí y no al mismo tiempo. Sí porque no es probable que en el futuro *América*, por lo menos *América* como Estados Unidos, vuelva a ser tan fuerte en un mundo tan dramáticamente débil como ocurrió en los años 50 del siglo XX. *Decadencia* significa aquí deterioro de la hegemonía internacional. No, si por decadencia entendemos una fatal e irreversible pérdida de vitalidad económica. No todas las decadencias deben parecerse necesariamente a la caída del imperio romano de Occidente y de Oriente: ambos disgregados internamente por la pérdida de su vitalidad intrínseca y ambos finalmente víctimas de nómadas salvajes o de otras civilizaciones.

En los años 80 y 90, no obstante achaques y problemas varios, Estados Unidos ha dado muestras de vitalidad y de capacidad de cambio. Algunos ejemplos. En las últimas dos décadas del siglo las exportaciones de bienes y servicios (en términos reales) prácticamente se triplican convirtiéndolas en un factor determinante, lo que no siempre fue en el pasado, de la historia económica del país. En el periodo 1980-1998 la economía fue capaz de incrementar el empleo en 32 millones de personas, en un contexto de profunda renovación estructural en que se perdían poco menos de 50 millones de empleos y se creaban *ex novo* más de 80. Un logro que debe ser comparado con la formación de centenares de miles de nuevas empresas. Todo lo cual, junto con el dinamismo en los sectores tecnológicos de procesamiento de datos e informaciones, la vitalidad financiera asociada a la creación de nuevos instrumentos de inversión, hace declarar a un observador entusiasta la posibilidad de la inauguración, y esta vez desde el comienzo, de un nuevo siglo *americano*.³⁵

Y sin embargo, valdría la pena recordar que el crecimiento estadounidense del PIB per capita en las últimas dos décadas del siglo estuvo por debajo del resto de las principales economías del mundo y que, además, no obstante los éxitos indudables de la economía estadounidense en los últimos años del siglo persisten graves

³⁵ Mortimer B. Zuckerman, *A Second American Century*, Foreign Affairs, vol. 77, núm. 3, 1998.

problemas que no tendrán soluciones ni sencillas, ni, mucho menos, automáticas. Estados Unidos sigue teniendo un problema de productividad de largo plazo que los datos recientes no permitan aún considerar resuelto para un nuevo ciclo de crecimiento sólido y de largo plazo. Y por otro lado la pobreza, la peor distribución del ingreso respecto a otros países avanzados y la menor gravación fiscal respecto a estos países, constituyen un conjunto de problemas con altos grados de recíproca dependencia. Lo cual nos devuelve a la pregunta que se planteaba Daniel Bell hace tiempo: si la mayoría de los estadounidenses no aceptaran el aumento de los impuestos, ¿aceptarán los pobres las condiciones de nueva miseria y exclusión que ya comienzan a caracterizar la vida en distintas partes del país?³⁶

Pero si la baja presión fiscal revela en Estados Unidos algo que podría indicar un deterioro de la solidaridad, indica también, junto con otros elementos, algo similar a lo que Lasch llamó “rebelión de las élites”: una situación en que los nuevos dirigentes surgidos por sus propios méritos de las más prestigiadas instituciones educativas tienden a sentir vínculos muy débiles frente al resto de la sociedad.³⁷ Nada de eso es necesariamente irreversible, como tampoco lo son los nuevos conflictos étnicos que a diferencia de comienzo de siglo (cuando los protagonistas eran los europeos inmigrados) ven ahora como protagonistas los asiáticos y los latinoamericanos.³⁸ Y a estos problemas necesitamos añadir los relativos a la conservación y cambio de factores de solidaridad, como al “acción afirmativa” o la propia seguridad social.³⁹ Es frente a estos, y muchos otros, problemas que Estados Unidos necesita enfrentar en su presente y cercano futuro, que el decir, como decía hace años uno de los más inteligentes observadores de la realidad americana, “At present, no country can mount a multidimensional challenge to the US, and with one conceivable exception no country seems likely to be able to do so in the relative future”,⁴⁰ podría ser una forma para perder de vista el tamaño de

³⁶ Daniel Bell, *The Winding Passage*, Basi Books, New York 1980, p. 264. Y a propósito de esa combinación, tan americana, de vitalidad económica, deterioro urbano, convivencia precaria y conflicto étnico es especialmente ilustrativo el libro de un viajero inteligente como Robert D. Kaplan, *Viaje al futuro del imperio: la transformación de Norteamérica en el siglo XXI*, Ediciones B, Barcelona, 1999.

³⁷ “Their snobbery lacks any acknowledgment of reciprocal obligations between the favored few and the multitude”, C. Lasch, *The Revolt...*, cit., p. 44-4. Lo que es simultáneo a un renacimiento de la desconfianza de les élites en la democracia y a un esnobismo que repite temas de la cultura americana de los años 20; v. Del mismo autor, *The True and Only Heaven*, cit., pp. 416s.

³⁸ “In 1910 nearly 90% of immigrants came from Europe. In the 1980s more than 80% came from Asia and Latin America” nos informa Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Desuniting of America*, W. W. Norton, New York, 1993, p. 120. Aunque, del lado del optimismo, es necesario señalar que el número de matrimonio interracial pasa de 310 mil en 1970 a 1,283 mil en 1994, como nos informa la oficina del censo.

³⁹ V. A este propósito: Amitai Etzioni, *Should We End Social Security?* Challenge, vol. 41, núm. 5, 1998 y Andrew Hacker, *Goodbye to Affirmative Action?*, The New York Review of Books, July 11, 1996.

⁴⁰ Samuel P. Huntington, *The US-Divide or Renewal?*, Foreign Affairs, vol. 72, núm. 2, 1989.

estos problemas que la condición hegemónica internacional no solamente no resuelve, sino probablemente agudiza o, por lo menos, oculta de la conciencia colectiva.

Refiriéndose a la exURSS, decía Henry Kissinger: “La falla fatal de todo este hinchado imperialismo fue que los gobernantes soviéticos perdieron el sentido de la proporción; sobrestimaron la capacidad del sistema soviético para consolidar sus ganancias tanto militares como económicas y olvidaron que, desde una base muy endeble, estaban desafiando literalmente a todas las otras grandes potencias”.⁴¹ Guardadas todas las proporciones ¿no corre Estados Unidos un riesgo similar a comienzo del siglo XXI? Y siguiendo con Kissinger: “Durante la mayor parte de su historia, los Estados Unidos fueron una nación entre otras, no una superpotencia dominante”.⁴² Tal vez no sea demasiado enfático concluir que cuanto antes Estados Unidos vuelva, sin tentaciones aislacionistas, a su *normalidad histórica*, tanto mejor será para sí mismo y para el resto del mundo. Siempre y cuando, naturalmente, esa vuelta, ocurra después de un rediseño de la arquitectura de las relaciones económicas y políticas internacionales, que permita abrir un nuevo ciclo histórico de desarrollo económico y de equilibrio político.

⁴¹ *La diplomacia*, FCE, México, 1995 (Ed. or.: *Diplomacy*, Simon and Schuster, New York, 1994), p. 759.

⁴² *Op. cit.*, p. 807.

Bibliografía citada

- Abramovitz, Moses, *Resources and Output Trends in the United States since 1870*, The American Economic Review, vol. XLVI, núm. 2, 1956.
- Abramovitz, Moses, *The Search for the Source of Growth: Areas of Ignorance, Old and New*, The Journal of Economic History, vol. 53, núm. 2, June, 1993.
- Ambrose, Stephen, E., Douglas G. Brinkley, *Rise to Globalism*, Penguin Books, New York, 1997 (8ª ed.).
- Arnold, Thurman, *The Folklore of Capitalism*, Yale University Press, New Haven Conn., 1937.
- Bell, Daniel, *The Winding Passage*, Basi Books, New York, 1980.
- Bowles, Samuel, David M. Gordon, Thomas E. Weisskopf, *Beyond the Waste Land, a Democratic Alternative to Economic Decline*, Anchor Press, New York, 1984.
- Broadberry, Stephen, *How Did the United States and Germany Overtake Britain? A Sectoral Analysis of Comparative Productivity Levels, 1870-1990*, The Journal of Economic History, vol. 58, núm. 2, June, 1998.
- Cassidy, John, *The Experiment. Why Allan Greenspan decided to let the good time roll*, The New Yorker, May 24, 1999.
- De Long, Bradford, en *Productivity Growth and Machinery Investment: A Long-Run Look, 1870-1980*, The Journal of Economic History, vol. 52, núm. 2, 1992.
- Defending the Clinton Administration: Interview with Joseph Stiglitz*, Challenge, vol. 40, núm. 3, 1997.
- Denison, Edward, *Accounting for United States Economic Growth, 1929-1969*, The Brookings Institution, Washington, D.C., 1974.
- Denison, Edward, *The Interruption of Productivity Growth in the United States*, The Economic Journal, vol. 93, núm. 369, March 1983.
- Dertouzos, Michael, Richard Lester, Robert Solow (and the MIT Commission on Industrial Productivity), *Made in America: Regaining the Productive Edge*, The MIT Press, Cambridge, Mass., 1989.
- Economic Report of the President, 1999.
- Etzioni, Amitai, *Should We End Social Security?* Challenge, vol. 41, núm. 5, 1998.
- Feldstein, Martin, (Ed.), *American Economic Policy in the 1980s*, The University of Chicago Press, Chicago, 1994.
- Filardo, Andrew, *Has the Productivity Trend Steepened in the 1990s?* Economic Review (Federal Reserve Bank of Kansas City), vol. 80, núm. 4, 1995.
- Hacker, Andrew, *Goodbye to Affirmative Action?*, The New York Review of Books, July 11, 1996.
- Hayes, Robert H., *U.S. Competitiveness: "Resurgence" versus Reality*, Challenge, vol. 39, núm. 2, 1996.

- Huntington, Samuel P., *The US-Divide or Renewal?* Foreign Affairs, vol. 72, núm. 2, 1989.
- Kaplan, Robert D., *Viaje al futuro del imperio: la transformación de Norteamérica en el siglo XXI*, Ediciones B, Barcelona, 1999.
- Kissinger, Henry, *La diplomacia*, FCE, México, 1995 (Ed. or. :*Diplomacy*, Simon and Schuster, New York, 1994).
- Kozicki, Sharon, *The Productivity Growth Slowdown: Diverging Trends in the Manufacturing and Service Sectors*, Economic Review (Federal Reserve of Kansas City), vol. 82, núm. 1, 1997.
- Kristol, William, Robert Kagan, *Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy*, Foreign Affairs, vol. 75, núm. 4, 1996.
- Kuznets, V. Simon, *Economic Growth of Nations*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1971.
- Lasch, C. *The True and Only Heaven: progress and its critics*, W. W. Norton, New York, 1965.
- Lasch, Christopher, *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*, W. W. Norton, New York, 1996 (1ª ed.: 1995).
- Layne, Christopher, Benjamin Schwartz, *American Hegemony-Without an Enemy*, Foreign Policy, núm. 92, 1993.
- Lipset, Seymour, M., *Vote for the Other Guy*, en A. Anderson, D.L. Bark (Eds.), *Thinking about America: the United States in the 1990s*, Hoover Institution, Stanford, CA, 1988.
- Maddison, Angus, *Monitoring the World Economy, 1820-1992*, OECD, París, 1995.
- Mastanduno, Michael, *The United States Political System and International Leadership: A 'Decidedly Inferior' Form of Government?*, en G. John Ikenberry (Ed.), *American Foreign Policy: Theoretical Essays*, Harpers Collins Publ., New York, 1996.
- Mowery, D.C., N. Rosenberg, *Technology and the Pursuit of economic growth*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.
- Peddling Prosperity*, W. W. Norton, New York, 1995.
- Schlesinger Jr., Arthur M., *The Cycles of American History*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1986.
- Schlesinger Jr., Arthur M., *The Desuniting of America*, W. W. Norton, New York, 1993.
- Schmitt, John, Lawrence Mishel, *The United States is not Ahead in Everything that Matters*, Challenge, vol. 41, núm. 6, Nov-Dic, 1998.
- Statistical Abstracts of the United States*, U.S. Census Bureau, 1998.
- The True and Only Heaven (Progress and Its Critics)*, W. W. Norton, New York, 1991.
- Zucerman, Mortimer, B., *A Second American Century*, Foreign Affairs, vol. 77, núm. 3, 1998.